

Oscar miraba a través de la ventana intentando que sus sueños alcanzasen alguna de las miles de estrellas que llenaban la noche de magia y luz. Siempre le costaba mucho conciliar el sueño a pesar de tener una agenda repleta de actividades que no siempre respetaba en el orden establecido por nosotros, sus padres. Para él, lo más importante, era divertirse.

Acababa de cumplir ocho años y desde muy pequeño había sido un niño inquieto, despierto, curioso y bastante decidido. Le gustaba la placidez de su casa, la seguridad que le transmitía su familia y la compañía de sus amigos. Disfrutaba saltando, corriendo, inventando y cantando. Alargaba su mano al viento y convertía el aire en compañero de viaje; ideaba una canción y la música se asomaba disfrazada de paisaje. Le gustaba reír porque su risa contagiaba risas y, sobre todo, le gustaba soñar porque el mundo era un descubrimiento diario.

Acariciaba momentos como quien modela con sus manos figuras de barro; guardaba tesoros –tesoros para ti, cosas para el resto de nosotros, adultos sin imaginación ni tiempo- que intercambiaba con amigos invisibles en historias imposibles. Pertenece a este mundo porque a él había llegado en una calurosa mañana de Agosto, envuelto en llanto callado y ansias de libertad.

Percibía – yo creo que sabía – que nada es eterno ni duradero, que la infancia, al igual que esos tesoros efímeros que enumeraba, marcaba y controlaba, acaba en el momento en que los sueños se convierten en realidad constante, donde ya no hay sitio para la invisibilidad de amistades creadas ni para la diversión constante. Sé que lo entendía y que por eso apuraba todos los momentos del día para no dejar escapar ese instante mágico de ingenuidad contagiosa, de madurez infantil, de creatividad constante elaborada a base de niñez.

Así era –es- Oscar. Diablo sin cuernos, ángel con alas marcadas; catapulta en ascenso y día en movimiento. Mirada tierna envuelta en celofán de picardía; despertar locuaz y verborrea constante; reflexivo, a veces, e incontrolado en momentos de marea. Así navega, así domina las aguas.

Así lo veo yo, grumete de su vida.

--Papá, hoy nos toca aventura.

--¿Y donde iremos?

Sus ojos, enormes ante la incredulidad y despiertos ante lo imprevisible, anuncian un guión ya elaborado.

--A navegar. Hoy seremos piratas.

Los acontecimientos más recientes siempre inspiraban nuestras últimas aventuras. Habíamos estado el fin de semana en Lloret de Mar y tuvimos la genial idea, ya que el día estaba nublado, de acercarnos a visitar el Museo del Mar.

El museo esta instalado en dos casas adquiridas por el Ayuntamiento, llamadas casa Garriga, que forman, las dos, una isla entera entre los pasajes de Camprodon i Arrieta, Verdaguer, la calle de Joan Durall y la travesía de Venecia.

La casa es de tres plantas, con fachada acabada en un frontón y balaustradas. Las oberturas son todas de arco carpanel, las de la fachada principal con balcones y linda decorada y las de los laterales sin estos dos elementos. El municipio de Lloret tiene en esta casa y en pocas más, sus únicos testimonios de un pasado brillante de la época de la marina ochocentista.

Una vez en su interior, Oscar mostró especial interés en tres de sus cinco salas. La llamada Mare Nostrum, la dedicada al mundo y la navegación, y la que llevaba por nombre Más allá de la playa, con un importante legado de maquetismo naval y que dejo boquiabierto a Oscar y, porque no decirlo, también a nosotros.

La temática para presentar estos 5 ámbitos es un viaje. Un viaje que se inicia con los recuerdos anteriores a la que después y durante muchos siglos ha sido la relación de la villa con el mar. El origen se pierde en el tiempo: en un pasado remoto que se intuyen con piezas de cerámica de los íberos, de la época medieval... que se exponen, hasta situarnos al final del milenio.

El recorrido museístico continúa con objetos, pinturas y herramientas, todo un valioso testimonio que nos acerca a la etapa de los viajes y el comercio de cabotaje por el Mediterráneo y las grandes aventuras de pilotos y navegantes.

Ese fue el final de nuestra excursión dominical y el comienzo de nuestra aventura diaria forjada en la prodigiosa imaginación de mi hijo.

--¿Seguro que quieres ser pirata? No se hable más.

Y allí nos fuimos. Izamos la mayor, viramos rumbo sur, donde la placidez se funde con el misterio, y doblamos el trinquete hasta aventurarnos en una odisea que firmaría Espronceda y sellaría el propio Anderson.

Pongo al día mis diez cañones por banda, confirmo con un tono de voz grave el viento a popa a toda vela y observo que el bergantín no corta el mar sino vuela.

--Hijo, perdón... Capitán, ¿hacia donde nos dirigimos?

--En busca de un tesoro escondido en la cueva subterránea de una isla misteriosa.

Acepto órdenes y enfilo la aventura. Las seis sillas del comedor rodean, boca abajo y descansando su respaldo, la mesa que, a diario, sirve de reunión familiar. Debajo de ella, camarotes imaginarios en esta aventura, calabozos angostos en otras y subterráneos profundos en aquellas, reposa el capitán del barco ideando el asalto a la isla. Encima de la mesa, arrodillado, me encuentro yo, vigía, marinero, pirata, director de atrezzo si es el caso, observando el oleaje del mar a la espera de divisar tierra.

--Mi Capitán, se esta haciendo de noche – y la lámpara del salón se ahoga en una complicidad compartida y ya sabida-

-- ¡Es el momento! ¡A por el tesoro!

Y ahí esta él. Capitán en sus conquistas y niño en movimiento. Espada en su mano derecha y parche en el ojo izquierdo, asomando la cabeza por los mínimos huecos habilitados en nuestro navío-comedor. Atacando, sin miedo, la oscuridad de la historia e ignorando esas tinieblas que acechan la realidad y crean la duda.

Mientras tanto yo, marinero adulto, dudo ante la misión y necesito el consejo del capitán-niño para saber que hacer.

--Entraremos en la bahía. Desembarcaremos y rodearemos la isla hasta encontrar el tesoro. Tengo el mapa, mira.

Y miro el mapa. Media página del último suplemento dominical donde el artículo de Pérez-Reverte se convierte en guardián de claves y sus palabras en incógnitas a descifrar. Doblado hasta la saciedad, agujereado a propósito y hasta mojado en sus esquinas para un mayor realismo. Siempre me había preguntado quien arrancaba las páginas del periódico y para qué.

--Papá, tengo que ir al baño. Acompáñame.

La aventura se detiene. Con un mando a distancia imaginario pulsamos la pausa y la realidad invade, por unos momentos, el rodaje de nuestra película. El feroz pirata se convierte en mortal humano, indefenso ante la cotidianidad, temeroso ante la oscuridad del pasillo. Es entonces cuando el torpe y adulto marinero alcanza las cotas de superhombre protector y, tomándolo de la mano, lo conduce hasta el cuarto de baño.

--Lo estamos pasando bien, verdad papá.

El guardián protector, con claros signos de agotamiento por la cruzada naviera iniciada, sonríe mientras acompaña, cuida y mimas al intrépido bucanero.

A la vuelta, el pasillo, largo y en forma de siete invertido, se ha convertido en la entrada a la gruta maldita de la isla del tesoro. Los apliques de las paredes son antorchas incandescentes que dibujan sombras imposibles; el estucado se convierte en piedra rugosa; las puertas abiertas de las habitaciones en entradas naturales a un submundo plagado de peligros.

--Tenemos que avanzar despacio. Alguien nos puede seguir.

El miedo anterior ante lo conocido se vuelve aventura ante lo desconocido. El raciocinio se pone la montera de lo absurdo y combate contra fantasmas inexistentes que incluso yo, adulto en decadencia, creo intuir en la lejanía. La tempestad humana tiene momentos de locura sublime.

Llegamos nuevamente hasta el barco. De reojo miro el reloj de la estantería y mi parte cerebral que activa compromisos y deberes, se pone alerta. Pronto habrá que recoger y dejarlo todo como estaba.

--Marinero ¿cómo seguía la canción?

El momento de éxtasis alcanza su cota suprema cuando, en un gesto rápido y nada predecible, me quito la camisa y la ondeo como un trofeo en señal de victoria.

--¡La luna en el mar riela y en la lona gime el viento!

--Jo, papá, no emplees palabras raras ¿Qué quiere decir riela?

--La luna en el mar brilla y la tela del barco parece que se rompe

--¡A por ellos!

Y el estruendo fue apoteósico. La batalla, como cualquier batalla, tuvo un final de destrucción y conquista. Oscar subió de un salto encima de la mesa a la vez que las sillas, de la sacudida producida por el golpe-marejada, caían al suelo una tras otra. En un acto reflejo por impedirlo estiré mi brazo para detener la caída de una de ellas mientras el resto comenzaron a golpear cualquier parte de mi cuerpo visible. El dolor fue intenso y la mirada de Oscar de sorpresa y nerviosismo.

--¿Que ha pasado?

--Que hemos roto las sillas y me he hecho daño.

Mi gesto ya no era de grumete aventurero sino de padre dolorido. Los cañones del enemigo habían hecho mella en la tripulación y causado bajas.

--¿Te duele mucho?

--¿Tu que crees?

La expedición aventurera por los mares del mundo pirata había tocado a su fin. Deberíamos levar anclas con rapidez y dejar el camino despejado. Pero Oscar no se daba por vencido.

--Ha sido un gran combate. ¡Y con heridos y todo!

--Vale, pero ahora tenemos que dejar la habitación como estaba. Tu madre llegara de un momento a otro.

El tiempo es como una enorme bola de nieve que engulle los momentos de forma voraz. La magia del instante se puede convertir en pretérito imperfecto con un simple abrir y cerrar de ojos. Empezamos a sintetizar el contenido del naufragio enemigo. Recogemos restos, incorporamos miembros, encendemos luces y pasamos el cepillo hasta convertir el suelo en un azulado mar cargado de leyendas. La camisa, antigua señal de victoria, queda inerte entre mis manos contemplando el agujero producido en la feroz contienda. Directamente a la lavadora.

Oscar, cansado por el vaivén del barco, reposa en el sillón con los ojos brillantes y la mirada perdida. Su mano derecha esta cerrada.

--¿Que llevas ahí?

Con sutileza, casi con misterio, extiende el brazo y abre la mano con la palma hacia arriba.

--¿Que es eso?

--El tesoro, papá. Lo hemos conseguido.

Y efectivamente, ahí está. La joya de más valor. El tesoro por el que decenas de hombres han perecido sumergidos en las aguas y destrozados por sables y cañones; la causa de las perdiciones del ser humano; la tragedia de la humanidad; el símbolo del poder. Un botón de mi camisa.

Sonríó mientras me pregunto en que momento de nuestra vida se nos roba la ingenuidad, la fantasía y la imaginación para poder crear imposibles. En que momento de nuestro crecimiento se nos corta la capacidad de poder sorprendernos con aquello que nos rodea.

Justo en ese instante se abre la puerta de casa y entra su madre. Cualquier momento es bueno para proseguir la aventura, para continuar la diversión. La diferencia entre niños y adultos no está tan solo en el volumen, algo tendrá que ver las ganas de seguir viviendo y Oscar quiere seguir viviendo y navegando a la vez.

--Mira, ha llegado la princesa, podríamos.....

--Por hoy basta, de verdad, estoy agotado.

Ella nos mira con asombro. Es entonces cuando el oportunismo cíclico de la vida nos devuelve, a cada uno, a su estado natural. Yo, recompuesto en dolor aunque no en cansancio, pongo a mi mujer al corriente de los avatares pasados en nuestra travesía marítima. Ella, expectante, lo asume con naturalidad aunque con un gesto de reproche hacía mí. Algo así como ¡sois como dos niños! aunque, en realidad, a ella le habría gustado estar con nosotros para convertirse en una rehén improvisada o una pirata atípica que musicaliza el oleaje del mar en el borde del acantilado.

Nosotros, transcurrido ese momento de "*demencia infantil*" que nos invade un día sí y otro también, debemos asumir ahora las tareas de adulto. Convertir el tiempo en utilidad material; dilucidar acuerdos, contratos y poner en orden la vida cotidiana de una familia normal.

Es terrible que el paso del tiempo convierta el cuerpo infantil en una masa adulta llena de orden y deberes, aunque más triste es perder el rumbo de los sueños en manos de pequeñas realidades apremiantes.

Mientras esto ocurre, Oscar sigue invadiendo este mundo y ocupando una parte de ese otro que le hace diferente. Sus ojos siguen planeando por nuevos horizontes en busca de un nuevo guión. Quizás convierta el sofá en una balsa inestable naufragando en medio del Océano; puede que el televisor se convierta en una bola mágica y, en su interior, un gran mago blanco vaya dictando nuevas ordenes para salvar el mundo.

Cualquier cosa a su alcance es un nuevo mundo para él, cualquier sonido es una melodía que se puede cantar.

Y en ese instante, y dentro de ese mundo que forma parte de este, Oscar se acerca hasta nosotros. Despacio, casi de forma intrigante. Avanza unos pasos y queda frente a su madre mirándola fijamente. Luego, con gesto algo teatral, extiende su pequeña mano, que mantiene con el puño cerrado, y abre la palma dejando al descubierto su posesión mas preciada.

--Tome, Princesa, hemos recuperado su tesoro. Aquí tiene su brillante. Mira como riela.

Y con gran delicadeza, deposita el botón de mi camisa en la mano de su madre cerrándole los dedos una vez alojada entre ellos. Ella lo mira. Me mira y los tres iniciamos una risa contagiosa que dura unos cuantos minutos.

--Ah, papá, y mañana tenemos nueva misión. Viaje al centro de la tierra.

--¿Y donde comenzará la aventura?

--Nos iremos al garaje e invadiremos el trastero.

Oscar nos da un abrazo invadiendo con sus cortos brazos las caderas de los dos. Levanta la cabeza y con la ingenuidad propia de la infancia, me pregunta.

--Papa ¿tú también te harás viejo?

--Por supuesto que si – le contesto- ¿Porqué?

--Porqué me lo paso muy bien contigo.

--Pero llegara un día en que los dos nos haremos más mayores y no podremos jugar. Seguramente yo me haré mayor mucho antes que tú.

--¿Y te morirás?

--Claro. Todos tenemos que morirnos algún día.

--Pero yo no quiero que te mueras. He leído que Peter Pan nunca se muere.

Y aquí ya no se que contestarle. Es, en este momento, cuando empiezo a comprender la sencillez que tienen las palabras cuando eres pequeño. Me he estado olvidando de las cosas obvias, de las preguntas fáciles y de los sueños infantiles que se van perdiendo en este camino de ser adulto.

Ahora comprendo que crecemos, si, pero lo hacemos mal. Que olvidamos nuestro sueño o, en el peor de los casos, que se desvanecen una noche a través de la ventana, mientras dormimos, exactamente igual que Peter Pan.

Separo a Oscar de mis brazos a la vez que, casi con los ojos humedecidos, intento coincidir con los de mi mujer. Me agacho en cuclillas y dándole un beso en la mejilla solo acierto a decir.

--Y ahora a dormir. Mañana quiero estar fresco para comenzar nuestro viaje al centro de la tierra.